

RESEÑAS

Corrochano, C. (dir.) (2024). Claves de política global. Editorial Arpa, 455 pp.

Eduardo TAMAYO BELDA

Universidad Autónoma de Madrid (España)
tamayo.belda.eduardo@gmail.com

Desde el final de la Guerra Fría, el pensamiento sobre la política global y acerca de las relaciones internacionales vive un proceso de intensa evolución del campo. Este proceso de reformulación de las Relaciones Internacionales está marcado, de una parte, por el auge del interés epistemológico en los procesos y acontecimientos globales en el nuevo marco geopolítico surgido de la caída y desintegración de la Unión Soviética; por otra parte, esa evolución del campo tiene que ver con la propia tensión interior de la disciplina, en la que los estudios críticos compiten —de manera asimétrica— con las tendencias hegemónicas en la teoría de las Relaciones Internacionales.

En ese proceso de reformulación de las ideas que permiten explicar lo que ocurre en el mundo, la disputa por los conceptos es un asunto central. En buena medida, la transformación o inmovilismo sobre la comprensión de los fenómenos internacionales gira en torno a las discrepancias que surgen sobre algunos términos o categorías fundamentales del pensamiento sobre la política global y sistema internacional. Desdecir los destinos o los designios del estado de cosas contemporáneo es algo que compete a la utopía. Carlos Corrochano, director de la obra *Claves de política global* que aquí se reseña (Barcelona, Arpa y Alfíl Editores, 2024), plantea esta lucha en los términos teóricos de Immanuel Wallerstein —para quien la “utopística” era el “análisis concienzudo de las alternativas históricas”—, al afirmar que esta *utopística* de Wallerstein, “es hoy más necesaria que nunca” (p. 24).

La obra está concebida desde la consideración de que el mundo actual habita una suerte de “interregno” histórico que se manifiesta como crisis global, que Corrochano recuerda —en palabras de Antonio Gramsci— se produce cuando “lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer” (p. 24). Bajo la premisa de un mundo en crisis —que para el coordinador de la obra adquiere el grado de policrisis—, se dibuja un espíritu de época caracterizado por el enfrentamiento casi ontológico, que trasciende los marcos de los debates políticos del periodo para entrar en un mundo de confrontación radical sobre los propios conceptos. Entendido así su espíritu, el libro se convierte en una caja de herramientas para repensar un total de veinticinco términos esenciales en el pensamiento político global, para ponderar sus méritos a la hora de construir realidades más deseables, o para confrontar su potencial transformador en la sociedad internacional actual.

El libro principia con un prólogo de Pablo Bustinduy y Jorge Tamames, que funciona especialmente bien como señuelo y como spoiler, porque como dijo Walter Benjamin, a quien los prologuistas mencionan, “las ideas son a los objetos como las constelaciones a las estrellas” (p. 20). La referencia en este prólogo a la obra de Ursula Le Guin *El nombre del mundo es Bosque* es tan acertada como reveladora de lo que propone en su conjunto la obra dirigida

por Carlos Corrochano: discutir el cambio en la semántica y los efectos de muchos de los principales conceptos de la política internacional actual. Disputar su sentido, en palabras de Corrochano, “para hacerlo mejor, porque sí, podemos hacerlo mejor”; y disputarlo, en el fondo, para aprovechar, parafraseando a Wendy Brown, la “potencial fecundidad” de las ideas en la izquierda (p. 35).

Tas el prólogo, la estructura del libro se compone de una Introducción del coordinador, cuatro bloques de conceptos, y un Epílogo de la escritora albanesa Lea Ypi, especialista en teoría y filosofía política, cuyo texto aborda el concepto, si no fundamental de la política internacional —presente y pasada—, sin duda uno de los principales por antonomasia, la libertad¹. En esas últimas páginas de la obra, el lector o lectora encontrará algunas de las claves principales sobre la noción y la deriva actuales de este término, así como algunas ideas para continuar desarrollando las libertades desde “la izquierda y cualquier movimiento comprometido con el progreso genuino”, tarea que en su opinión debe ser doble: “continuar la labor intelectual de crítica y exposición de contradicciones” y “trabajar para cambiar las condiciones materiales que sostienen estas contradicciones” (p. 405).

No tenemos espacio aquí para abordar todos los capítulos tratados en los cuatro bloques de la obra, pero no dejaremos pasar la oportunidad de mencionar los términos tratados y sus autores, para que pueda dimensionarse la ambición conceptual de este trabajo: el primero de los bloques incorpora conceptos para repensar las relaciones internacionales tales como la “creatividad” (Gabriel Garroum), la “geopolítica” (Pablo Batalla), el “imperialismo” (Volodymyr Ishchenko), la “(in)movilidades” (Mimi Sheller y Andreas Neef), el “internacionalismo” (Adom Getachew), la multipolaridad (Kavita Krihnan), las “Naciones Unidas” (Branko Milancovic) y el “realismo” (Matthew Specter).

De ese primer bloque opto por destacar el capítulo sobre *imperialismo*, porque la deriva agresiva y expansionista del régimen de Putin en Rusia, la política internacional china en su historia reciente y la llegada de Donald Trump a la presidencia estadounidense van forzosa-mente a poner sobre la mesa este grave problema del mundo actual durante mucho tiempo. En este texto, el sociólogo ucraniano Volodymyr Ishchenko —investigador de la Universidad Libre de Berlín (Alemania) y especializado en la Europa Oriental postsoviética— critica las miradas vacuas y poco funcionales acerca de la ideología, las acciones y las decisiones de Vladimir Putin. Ishchenko afirma que “el concepto marxista de *imperialismo* solo puede ser aplicado de manera provechosa a la guerra actual si podemos identificar los intereses materiales que la mueven”, para lo cual analiza con detalle el efecto ideológico y geopolítico de los intereses de clase contruidos en la Rusia postsoviética, detrás de la concepción imperial achacable a la Rusia que pretenden Putin, las clases privilegiadas rusas, y la red de oligarcas con la que se sostienen todos ellos mutuamente. Estos intereses de clase habrían convergido en una ideología imperialista sustentada en un mayor acercamiento al autoritarismo chino, que permitirían a esa casta social dominante de Rusia legitimar interna e internacionalmente la ejecución de un “desacople de Occidente, a pesar de sus altos costes”, desde la consideración de que esta conexión con el mundo y la cultura occidentales representan una “amenaza existencial para el conjunto de la clase dominante rusa” actual (p. 74).

¹ El autor de esta reseña publicó el año pasado una obra ensayística precisamente acerca de este término: Eduardo Tamayo Belda, *Sobre la Libertad* (Barcelona, Editorial El Grillo Libertario, 2024).

No puede dejar de mencionarse tampoco, de este primer bloque, el capítulo dedicado al término *internacionalismo*, en el que la politóloga estadounidense de origen etíope Adom Getachew trata de delinear lo que considera que serían los pasos más adecuados para el movimiento internacionalista negro en el presente (especialmente en Estados Unidos). También merece la pena dedicar unas líneas a subrayar el trabajo de Mimi Sheller y Andreas Neef sobre movilidades e inmovilidades, en el que abordan la elección de permanecer en un lugar o la elección de movimiento humanos como parte de un sistema de “*kinopolítica*”, que produce a su vez violencia en los límites estatales, las fronteras; esta *kinopolítica* se refiere tanto a las “formas en que el control sobre el movimiento propio y el de los demás se torna en categoría de poder” (ya sea interpersonal o de control estatal), como a la “movilidad de la política, en referencia a cómo la participación política va de la mano del derecho a reunirse, manifestarse u ocupar el espacio público” (pp. 76-77).

El segundo de los bloques de la obra gira en torno a varios conceptos funcionales a la construcción de una teoría política con vocación global, bloque en el que se abordan los términos de “Estado” (Daniela Gabor), “Fronteras” (Martina Tazzioli), “Hegemonía” (César Rendueles), “Memoria” (Pankaj Mishra), “Populismo” (Luciana Cadahía), “Raza” (Noura Erakat, Darryl Li y John Reynolds), “Seguridad” (Paolo Gerbaudo), “Universalidad” (Carlos Corrochano) y “Violencia” (Adam Shatz). En este segundo bloque, los enfoques sobre los conceptos son todos absolutamente capitales dentro de las discusiones de la política internacional.

A pesar de la relevancia de todos estos conceptos, destaco aquí la importancia del capítulo sobre *Universalidad*, en el que Carlos Corrochano trabaja por desdibujar esa supuesta división genuina entre lo que ocurre al interior y al exterior de las fronteras estatales; esa división es la que, de darse, permite hablar de unos *intereses nacionales* (internos) frente a los intereses del resto del mundo (externos). El autor desgrana en su capítulo la historicidad detrás del universalismo, y aboga por un regreso hacia el internacionalismo, afirmando que “volver a lo internacional como terreno de disputa de lo político es condición de posibilidad para aspirar a un universalismo estratégico” (p. 245). Corrochano propone en su texto que asumir el ámbito internacional como campo de batalla es también, en el fondo, una manera de actuar y pensar también acerca de lo nacional, lo interior, proponiendo que se rompa ese binarismo con lo que ocurre en el extranjero, y que se piense en éstos —lo internacional y lo nacional— simbióticamente.

El tercer bloque aborda los nuevos desafíos que se abren en la política internacional en este *interregno* en el que se considera en la obra que nos encontramos: aparecen aquí los términos “Antropoceno” (Xan López), “Femonacionalismo” (Sara R. Farris), “Petróleo” (Quinn Slobodian), “Tecnosolucionismo” (Itxaso Domínguez) y “Tianxia” (Xulio Ríos). De este bloque, a pesar de la centralidad del Antropoceno, de la importancia del petróleo en las relaciones internacionales actuales, a pesar de la novedad que representa el análisis del femonacionalismo para explicar ese reciente fenómeno político, y a pesar de lo que significa *Tianxia* para comprender la perspectiva geopolítica e imperialista china, el término analizado por Itxaso Domínguez, el “Tecnosolucionismo”, merece aquí la pena unas líneas de atención.

La autora del capítulo expone con claridad el motivo por el cual el asunto de la virtualidad, en el presente, adquiere la trascendencia en la política internacional al nivel de casi cualquier otro asunto de las agencias globales:

"Hoy por hoy, resulta imposible entender las Relaciones Internacionales sin centrar parte de nuestro análisis en el papel e ideología de las tecnologías digitales, tanto en lo que se refiere a la geopolítica de la tecnología, íntimamente relacionada con la materialidad de las fronteras y los recursos, como a otras intimidades y vulnerabilidades que el ámbito digital desvela o encubre" (p. 320).

La multiplicidad de aspectos sociales, económicos, culturales o políticos, entre otros, en los que la tecnología tiene efectos importantes para las relaciones internacionales y la política global del presente son recorridos por la autora del capítulo con un especial cuidado por la referencia a algunos de los trabajos recientes en cada materia, sirviendo un aporte de excepcional valor teórico, y como breve estado de la cuestión avanzado (en el sentido de que presenta las principales novedades en el asunto, perspectivas avanzadas del mismo).

El asunto de la hegemonía cultural de la tecnología tiene una trascendencia histórica de tan larga data que, sin remontarnos más allá de los confines de la Edad Contemporánea, podríamos retrotraer a las quejas al "mecanicismo" que propugnaba Thomas Carlyle en *Signs of the Times* (1829) como crítica a esa *confianza ciega* de los humanos en las máquinas y en el éxito del pensamiento mecánico o en la búsqueda de soluciones basadas en procesos de esa naturaleza para los problemas de la sociedad.

Una actitud positivista ante la tecnología —sin crítica alguna y asumiéndola como deriva *natural* de la sociedad contemporánea— olvida que existe una escala humana en la política, y que ésta resulta fundamental para que las relaciones a nivel global adquieran los niveles de justicia, horizontalidad y equilibrio a la altura de algunas de las aspiraciones internacionales más ambiciosas. El texto de Itxaso Domínguez es una valiosísima contribución a esta línea de pensamiento que, además, surge para buena parte del mundo —y muy especialmente para Europa— como un asunto de obligada, radical y profunda reflexión desde el inicio de la segunda presidencia de Donald Trump en 2025, con la casta tecnológica aupada a la cúspide del poder estadounidense, arrodillada a los designios de un millonario megalómano y profundamente comprometido con la causa histórica de la reacción antiprogreso (una contradicción que puede llevar a la tecnología a convertirse, a lo largo de los próximos años, e incluso décadas, en el principal motor de pérdida de derechos y de atraso social o moral en buena parte del mundo).

El trabajo de Itxaso Domínguez expone con claridad y concisión —proponiendo su reflexión— algunos de los principales problemas del papel creciente adquirido por el sector privado en la represión estatal y global, con los impactos que supone el "capitalismo de vigilancia, que no se hacen sentir por igual en todo lo largo y ancho del cuerpo social" (p. 325). También se señala el desarrollo acrítico y desenfrenado del aprendizaje de las IA —con el coste en recursos naturales inherente a este proceso—, o el problema que representa la acumulación con fines espurios de todos esos datos extraídos a la sociedad global por parte de las grandes empresas tecnológicas privadas o por estados de dudosa confianza en el sistema internacional (como Estados Unidos o China). Pese a todo, hay también en el texto de Domínguez espacio para el *optimismo tecnológico*, que desde aquí les invito a buscar en su capítulo del libro.

Finalmente, el cuarto y último bloque de conceptos, dedicado a fortalecer la reelaboración de un europeísmo crítico, recorre los términos “Etnorregionalismo” (Hans Kundnani), “Europa Social” (Aurélie Dianara) y el de “Intergubernamentalismo” (Nicholas Mulder). Este último concepto desarrollado por Dianara, la “Europa Social”, es aquí, sin duda, central para la comunidad europea en su conjunto. Sin embargo, lo es también para las sociedades extra-comunitarias que comparten parte del conjunto de valores sociales, culturales y políticos que a menudo propugna o promete *Europa* —con éxito muy variable y en numerosas ocasiones más que discutible—, centrados en la defensa y garantía de las libertades individuales, de una igualdad social que prime la integración sobre el privilegio, de una justicia basada en la independencia, integridad, imparcialidad y transparencia de este poder, o en la lucha constante por afirmar y ampliar una política democrática.

El capítulo de Aurélie Dianara refleja con claridad las contradicciones de la aspiración europea y sus limitaciones en el orden internacional, así como sus propios riesgos y fenómenos regresivos internos; el texto destaca —entre algunos otros asuntos— el interrogante “sobre el propósito social fundamental de la integración europea y sus consecuencias para la vida de las personas”, al percibirse en las últimas décadas —cada vez con mayor intensidad— “como uno de los principales actores de un *giro neoliberal* en las políticas públicas” (p. 360). El texto recorre el proceso de convergencia de las izquierdas europeas durante la década de los setenta —hasta entonces, divididas y reticentes a fortalecer la unidad de Europa—, que supuso la apertura de una *ventana* para una Europa Social.

Ese proyecto de los años setenta abogaba por la redistribución de la riqueza, la planificación socioeconómica, regulación del mercado y democratización económica, o mejores condiciones de vida para los europeos y europeas, incorporando también preocupaciones medioambientales, de reequilibrio económico global en favor del Tercer Mundo, o de democratización de las instituciones europeas. Una “Europa Social” representaba, en palabras de Dianara, “una propuesta para un futuro bastante diferente al que protagonizamos hoy en día” (p. 362), un fracaso que la autora achaca a las constantes tensiones en el seno de la izquierda europea para enfrentar cohesionada el empuje neoliberal de las últimas décadas del siglo XX, a pesar de que sí se daba un amplio acuerdo sobre temas genéricos entre partidos progresistas y sindicatos europeos. La “razón clave” para la derrota del ambicioso proyecto de una Europa Social fue, en palabras de Aurélie Dianara, “la incapacidad de la izquierda europea para generar movilización popular transnacional en apoyo de un cambio radical a nivel europeo” (p. 369).

La autora del capítulo considera que, dada la experiencia histórica del proceso de integración europea, “es necesario un grado justo de pesimismo” con respecto a las posibilidades reales actuales para transformar la Unión Europea y convertirla en un verdadero instrumento de progreso social, democrático y ecológico más allá del discurso y algunas medidas poco ambiciosas. Entre otras cosas, porque con casi una treintena de miembros y con gobiernos y parlamentos dominados por la derecha y la ultraderecha, “una Europa Social parece cada vez menos probable” (p. 371). E insiste en la misma dirección: para desarrollar el espíritu comunitario de cohesión e integración y desplegar institucionalmente las ambiciones de una Europa Social, es indispensable que las izquierdas europeas “trabajen incansablemente para superar sus propias divisiones internas y debilidades estratégicas”, construyendo “un bloque hegemónico verdaderamente transnacional y claramente opuesto a los bloques neoliberal y conservador” (p. 372).

En rigor, los términos que se discuten en el conjunto de la obra son muchos más que los veinticinco conceptos que se reúnen a modo de glosario (veintiséis contando el *Epílogo* de Lea Ypi, que analiza la *libertad* en esas páginas finales, y su relación umbilical con la *democracia* en la actualidad). En sus más de cuatrocientas páginas aparecen infinidad de términos o categorías utilizadas en las distintas disciplinas que estudian los asuntos internacionales. Podría pensarse —y queda pendiente para una futura reedición de la obra dentro de unos años— que faltan elementos importantes: los términos de *igualdad* o *equidad*, el concepto de *equilibrio internacional*, el de *Paz* —más que necesario en los tiempos que corren (aunque sí se aborda el de *Seguridad*—, el de *ideología*, entre otras categorías o asuntos, parecen pedir a gritos estar en un volumen como este *Claves de política global* dirigido por Carlos Corrochano.

Pero si un término se echa absoluta y radicalmente en falta entre los capítulos de la obra, ese es el de *Historia*. La historia, como disciplina que investiga el pasado y modo humano de reflexión acerca de las alternativas de futuro, está presente en todos o casi todos los textos, pero aparece vinculada, siempre, a la propia historicidad del concepto tratado en el capítulo. No hay en la obra una discusión crítica sobre el concepto de historia y su potencial transformador de la mirada internacional. A menudo se comete el error en la sociedad de pensar que la Historia es una categoría de pensamiento fija, inmóvil, que expresa el pasado de manera aséptica, sin debate, sin discusión, porque las más de las veces la *historia* aparece en el acervo y debate popular como sinónimo de *pasado*.

Para los historiadores y buena parte de académicos bien informados, es obvio que no es así: es en el combate por la *Historia* como concepto donde se disputan muchas de las conclusiones y decisiones que se toman en el mundo (a nivel nacional, internacional, y global). Haríamos bien quienes tenemos la aspiración y la convicción de que otro mundo —mejor— es posible, de no olvidar que es la Historia la que construye nuestra imagen del pasado, imagen que termina sirviendo como base para la configuración del universo ideacional con el que fijamos nuestras posturas en el presente y tomamos nuestras decisiones de cara al futuro.

Lo anterior, en absoluto desmerece el valor del conjunto de la obra, un trabajo sin duda fundamental para el pensamiento internacionalista crítico; cada capítulo, dedicado a uno de estos *pequeños grandes asuntos* —algunos de los cuales hemos tratado más en detalle y otros han quedado solo mencionados—, recorre una panoplia de aspectos fundamentales para pensar el mundo de hoy desde una perspectiva internacional, transnacional y global. Gracias a esta doble elección —capítulos por concepto y obra de autoría múltiple—, el libro se constituye en un material *fresco*, de lectura intensa (por la seriedad de los trabajos), pero que permite también la distensión en el proceso de reflexión, porque cada cambio de capítulo implica un cambio de tema, un cambio de autor/a, y un cambio de enfoque (con la constante de la mirada crítica).

Esto tiene dos efectos en la lectura: en primer lugar, se trata de una obra que puede ser leída de manera interrumpida en el tiempo, e incluso discrecional (eligiendo el concepto que interesa, en cada caso, al lector o lectora), sin necesidad de una revisión ordenada o una lectura completa de la obra. La consecuencia de este primer efecto es que cada uno de los veintiséis capítulos es susceptible de ser leído de manera completamente independiente, o utilizado como material para sesiones específicas de docencia, transferencia o debate.

Cada capítulo, con excepcional claridad, abre y cierra su(s) argumento(s), sin necesidad de haberse realizado la lectura previa de los capítulos anteriores salvo, quizá, la Introducción: en ésta se explica la importancia de una obra basada en el debate-disputa por los conceptos, permitiendo entender —siguiendo a Reinhart Koselleck (p. 29)— que los términos abordados en cada capítulo forman parte de una suerte de *metadiscusión* entre el “espacio de la experiencia” (las prácticas y vivencias de las memorias colectivas que dan sentido al presente) y el “horizonte de expectativas” (certezas, miedos y esperanzas que estimulan la transformación del futuro).

El segundo de los efectos tiene que ver con la diversidad de autores y de autoras que participan de la obra, que la convierte en un trabajo relativamente plural en términos de enfoque, pero, eso sí, infinitamente rica en debates y *puesta a punto* de los asuntos internacionales. Esta riqueza se debe principalmente —a criterio de quien suscribe— a la abundancia de disciplinas o campos de la investigación que entran en juego en los términos discutidos en la obra: Filosofía Política, Economía y Finanzas, estudios de guerra y seguridad, desarrollo y gobernanza, Historia (a pesar de la ausencia de ésta como concepto), teoría de Relaciones Internacionales, Derecho y estudios jurídicos, Sociología, Teoría Política, Antropología, Literatura, Estudios Postcoloniales, entre algunas otras áreas y perspectivas del conocimiento humano; además del activismo, dedicación también presente entre los autores y autoras participantes.

No obstante, a pesar de esta pluralidad de disciplinas y orígenes epistemológicos del pensamiento sobre la realidad internacional, la obra tiene un enfoque o anhelo común: la perspectiva crítica. A lo largo de los casi treinta textos reunidos en el libro, es constante y notorio el esfuerzo por no abandonar los conceptos en los brazos de las circunstancias presentes, sino proyectarlos de manera ambiciosa hacia un estadio de reflexión que permita su evolución, su reformulación o, cuando menos, una concepción del mismo más amplia que la simple mirada periodística —en su sentido como *presentista*— que puede haber calado en el pensamiento y en la cultura política actuales (especialmente en el mundo occidental).

En *Claves de política global* (2024), creo que podemos afirmar que el internacionalista, politólogo y jurista Carlos Corrochano *se ha quedado a gusto*, con una obra que colecciona de manera meritoria una multiplicidad de términos, que son discutidos por una pluralidad de voces de especialistas en cada asunto tratado. Un trabajo de calidad, para un mundo que necesita mucho, pero que mucho más trabajo para lograr su puesta a punto. Una renovación que para el conjunto de los autores y autoras de los capítulos tiene una clave central: para transformar el mundo es necesario —ahora más que nunca— un esfuerzo transnacional, crítico y progresista, que apueste por una mirada global de los asuntos políticos.

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica, abierta y gratuita
Editada por el Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Facultad de Derecho - Dpto. Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Universidad Autónoma de Madrid (España)
<https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales>
ISSN 1699-3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales
 x.com/RRInternacional



FECYT-388/2024
Fecha de certificación: 12 de julio de 2019 (6ª convocatoria)
Válido hasta: 24 de julio de 2025